

# Versos a la nostalgia

Por Marino Muñoz Lagos



Víctor Barberis fue un poeta melancólico que hizo escuchar su voz en los años turbulentos de la década del veinte, cuando la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile organizaba los inolvidables concursos de canto a la reina de la primavera, en fiestas que sólo son un recuerdo. En 1923, junto a otro extraordinario poeta llamado Romeo Murga, obtuvieron los primeros lugares en tan exigentes certámenes de las bellas letras.

De ahí le quedó a Barberis su gusto por la poesía, la cual siguió practicando en trabajos que nos hablan de un corazón atormentado y unos versos colmados de evocaciones que vienen a constituirse en un distintivo de su época. El mismo dice ser reconcentrado y muy triste cuando relata los días de su infancia. La lluvia del invierno colabora en sus líneas, golpeando con pertinacia el techo de húmedas tejas y errantes pájaros de otros climas.

La anécdota vuela con los años: el poeta vuelve hacia el pasado la memoria y las palabras caen al papel en viaje de añoran-

zas. Y entonces, el poeta canta: "Desde un rincón escucho, atizando las brasas / del fogón. Las palabras caen lentas y escasas. / Y sobre el techo, ronca, la lluvia eterna insiste. / El silencio en el cuarto se hace turbio y pesado. / Siento un olor antiguo que renace callado, / y vuelvo a ser el niño reconcentrado y triste".

Víctor Barberis nació en Talca en 1899, iniciando sus estudios en la ciudad natal para proseguirlos más tarde en la Universidad de Chile, donde optó por medicina. Luego de tres años en esta carrera, la abandonó para ingresar al Instituto Pedagógico, donde se convirtió en alumno de francés. Continuaría el peregrinaje de sus grandes amigos y poetas Pablo Neruda, Armando Ulloa y Romeo Murga, los soñadores de otros horizontes.

Ejerció la docencia en varias ciudades, como Talca, Curicó, Valparaíso y Santiago. En sus ajetreos pedagógicos no perdió de vista a la poesía, la fiel guardiana de sus días luminosos y sus noches largas. En sus

cuadernos escolares, entre pruebas escritas y correcciones, supo enhebrar las palabras del enamoramiento y su sabiduría inalcanzable: "¡Lejos está la sensitiva / que un tiempo fue mi compañera! / Pero a través de la distancia / su voz a mi memoria llega / en las nevadas de la luna / y en el temblor de las estrellas...".

El poeta no olvida, empero, las tierras de su infancia. Regresa a ellas en las líneas de sus versos que huelen a frescas hierbas de su adolescencia vivida a la sombra de generosos árboles y soñadoras nubes. Está latente el suelo nativo en sus emocionados sonetos, en sus estrofas que cruzan la bella geografía del Maule, entre labriegos de toscas barbas y limitadas palabras. Nada escapa a la contemplación del bardo deslumbrado por tanto hechizo.

Víctor Barberis pinta sus lugares de magia verde, donde los pastos crecen junto al rumor del estero: sigue caminos evangélicos que pueblan los hombres y sus bestias, el polvo y los silencios. Dice el poeta: "A la oración los álamos rezan una plega-

ria / que monóticamente sube de la arboleda, / y el viento vuelca, triste, de su cántaro el aria / quejumbrosa y dolida de la hora de queda. / Melancólico un grillo canta en la paz agraria / su serenata enferma a la luna de seda, / y en la unción de la tarde, como una luminaria, / el río enrojecido un arbol remeda".

No fue abundante la producción poética de Víctor Barberis. Aparte de algunos opúsculos líricos publicados en vida, no se preocupó por editar un libro que recogiera su hermosa cosecha creadora. Tuvieron que ser sus familiares y amigos los encargados de cumplir con esta misión póstuma al dar a luz en 1965 una selección de sus trabajos en el libro "Poemas", que lleva prólogo de Braulio Arenas. Víctor Barberis falleció en 1963.